
El cisne negro. Sobre el impacto de lo altamente improbable

de Nassim Nicholas Taleb

179

Jorge Riechmann

Barómetro social de España

de Colectivo loé

181

Concha Mateos Martín

La nueva economía del agua

de Federico Aguilera Klink

184

Noé González

Libros

EL CISNE NEGRO. SOBRE EL IMPACTO DE LO ALTAMENTE IMPROBABLE

Nassim Nicholas Taleb

Paidós,

Barcelona, 2008

491 páginas

Si los elefantes escribieran, formularían cosmovisiones con trompa; y cuando un *quant* (analista bursátil cuantitativo) filosofa, no resulta tan sorprendente que presente una *Weltanschauung*¹ señoreada por el enorme Cisne Negro del crac bursátil de 1987. (Enseguida explicaremos qué es un Cisne Negro –así, con mayúsculas– según Taleb.)

Éste es un libro sobre los problemas filosóficos que plantea la inducción, y sobre los problemas prácticos que plantea la aleatoriedad. En los inicios de la filosofía occidental, Heráclito de Efeso recomendaba la actitud vital de “esperar lo inesperado” (edición Diels-Kranz): el ex operador de Bolsa, ensayista y hombre de negocios Nassim Nicholas Taleb se sitúa en esa noble estela.

El análisis de este autor de origen libanés se centra, más concretamente, en lo que ha bautizado como Cisne Negro: un suceso raro e inesperado, que produce un gran impacto y que a toro pasado nos imaginamos poder explicar (aunque fuimos incapaces de anticiparlo o predecirlo); como los grandes derrumbes de la Bolsa, el final de la URSS en 1989-1991, o el atentado contra las Torres Gemelas del World Trade Center el 11 de septiembre de 2001.

Toda una –interesantísima– línea de argumentación del libro viene a decir: la naturaleza humana moldeada por la evolución, y en especial nuestras capacidades cognitivas, no encajan bien con los entornos cada vez más complejos, recursivos e impredecibles del mundo moderno. Recursivo quiere decir –explica el

autor– “que el mundo donde vivimos tiene un número creciente de bucles de retroalimentación que hacen que los sucesos sean causas de más sucesos (por ejemplo, compramos un libro porque otros lo compran), con lo que se generan unas bolas de nieve y ciertos efectos arbitrarios e impredecibles del estilo ‘el ganador se lo lleva todo’ y que afectan a todo el planeta. Vivimos en un entorno donde la información fluye con demasiada rapidez, acelerando así esa epidemia. Asimismo, los sucesos pueden ocurrir porque se supone que no van a hacerlo. Nuestras intuiciones están hechas para un entorno con causas y efectos más simples y una información que se mueve despacio. Este tipo de aleatoriedad no fue el que prevaleció durante el Pleistoceno, ya que entonces la vida socioeconómica era muchísimo más simple”.

En definitiva, los seres humanos evolucionamos biológicamente y nos adaptamos a “Mediocristán” (el mundo donde dominan los términos medios, con pocos éxitos o fracasos extremos, y donde ninguna observación particular puede afectar significativamente al conglomerado), pero el planeta se ha ido transformando paulatinamente en “Extremistán” (el mundo donde las desigualdades son tales que una única observación puede influir de forma desproporcionada en el total), sobre todo desde los comienzos de la Revolución Industrial hasta hoy. “El peso [de un ser humano], la altura y el consumo de calorías pertenecen a Mediocristán; pero la riqueza no. Casi todos los asuntos sociales son de Extremistán. (...) Antes de la llegada de la tecnología moderna, las guerras solían pertenecer a Mediocristán. Es difícil masacrar a muchas personas si hay que matarlas una a una. Hoy, con las armas de destrucción masiva, todo lo que se necesita es un botón, o un pequeño error, para hacer que nuestro planeta desaparezca. Fijémonos en las implicaciones que ello tiene para el Cisne Negro. Extremistán puede producir Cisnes Negros, y de hecho lo hace, ya que unos cuantos sucesos

¹ *Welt*, “mundo”, y *anschauen*, “observar”. La palabra cosmovisión es una adaptación de este término alemán (N. de la Ed.).

han influido colosalmente en la historia. Ésta es la principal idea de este libro”.

Un ejemplo nos permitirá apreciar las diferencias entre Mediocristán y Extremistán. Tendemos a pensar sobre probabilidades y riesgos a partir de la aleatoriedad “domesticada” que encontramos en los juegos y experimentos, por ejemplo los juegos de azar en un casino (Mediocristán, pues en un casino uno puede calcular las probabilidades y el tipo de incertidumbre con que se enfrenta). Pero Taleb refiere el caso real de un casino cuya exposición al riesgo y la incertidumbre se estudió: resulta que las cuatro mayores pérdidas que la empresa sufrió o pudo apenas evitar por los pelos quedaban por completo fuera de sus sofisticados cálculos de riesgo. En efecto: 1) perdieron unos 100 millones de dólares cuando un tigre mutiló a un actor insustituible de su principal espectáculo; 2) un contratista de obras herido, despechado y cabreado intentó dinamitar el casino; 3) el empleado que debía llevar a Correos los impresos oficiales donde se declaraban al fisco las grandes ganancias de los jugadores escondió durante años dichos impresos en unas cajas debajo de su mesa, por razones del todo inexplicables (y con ello situó a la empresa en posición gravemente delictiva); y 4) la hija del propietario del casino fue secuestrada y para pagar el rescate hubo que violar las leyes del juego. Como se ve, tenemos aquí, en la vida real, casos de aleatoriedad “salvaje”, Cisnes Negros que multiplican casi por mil los riesgos probabilísticos ajustados a un modelo. “El casino gastó cientos de millones de dólares en la teoría del juego y la vigilancia de alta tecnología, pero los grandes riesgos surgieron del exterior de sus modelos”, comenta Taleb. Estamos por tanto en Extremistán y no en Mediocristán... Expresada de forma menos colorista, esta importante idea ha encontrado acomodo en el núcleo de la teoría que los investigadores en Ciencias de la

Tierra y sostenibilidad vienen proponiendo recientemente:

“Las alteraciones inducidas por el ser humano a partir de la Revolución Industrial han sido de tal magnitud que algunos autores se refieren ya a nuestra época como a una nueva era geológica: el Antropoceno. En ella, el impacto de las actividades humanas se deja sentir en prácticamente todos los sistemas naturales y los cambios tienen lugar ahora con una mayor velocidad e intensidad que en el pasado con consecuencias impredecibles tanto para los sistemas naturales como para las sociedades humanas. Así, vivir en el Antropoceno significa desarrollarse en un contexto de cambios intensos, rápidos y globalizantes que delimitan un horizonte de gran incertidumbre e impredecibilidad que, por lo general, ni los individuos ni las instituciones están preparados para afrontar”.²

Del trabajo realizado en los últimos decenios por psicólogos sociales, científicos cognitivos, neurólogos y filósofos emerge una visión de la racionalidad humana más realista y mucho más modesta que la que ha prevalecido en los últimos siglos: por lo que se ha ido viendo, *Homo sapiens sapiens* es bastante poco *sapiens*, está bastante mal preparado para la racionalidad. La disposición al autoengaño es muy fuerte y los sesgos cognitivos muy potentes: una de las virtudes del libro de Taleb que reseñamos es la exploración amena y detallada de una gran cantidad de “patologías del conocimiento”.

Qué difícil, la racionalidad humana. Se ve distorsionada no sólo por el inconsciente (emotivo) freudiano, sino también por esa especie de “inconsciente cognitivo” que psicólogos como Amos Tversky y Daniel Kahneman vienen explorando desde los años setenta del siglo XX. Estos dos autores eran los héroes de un excelente libro de divulgación sobre nuestras ilusio-

² J. A. González, C. Montes e I. Santos, “Capital natural y desarrollo: por una base ecológica en el análisis de las relaciones Norte-Sur”, *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, N° 100, CIP-Ecosocial, Madrid, 2008, p. 71.

nes cognitivas, *Los túneles de la mente* de Massimo Piattelli (Crítica, Barcelona 1995; original italiano de 1993) y siguen siendo también los héroes del libro de Taleb, aunque este último añade algunos otros hombres ilustres a su panteón: señaladamente Michel de Montaigne y Karl Popper, grandes inspiradores de su posición de “escéptico empírico”.

La difícil racionalidad humana no es un don natural de la especie, sino que se trata más bien de una meta hacia la que fatigosamente hay que avanzar, contrariando para ello tendencias humanas naturales (tendencias a evaluar mal las probabilidades, introducir vínculos causales inexistentes, favorecer lo sensacional sobre lo realmente relevante, engañarnos por los efectos de tipicidad, etc.). Siendo esto así, fomentar esta insuficiencia de la razón con un pegajoso y omnipresente entorno de marketing, realidad virtual y propaganda comercial se convierte en algo mucho más grave de lo que suele estimar la percepción social hoy mayoritaria. Aunque no hubiera otras buenas razones (que las hay), solamente esta debilidad cognitiva humana debería bastar para justificar una amplia prohibición de la propaganda comercial en las sociedades contemporáneas.

Extremistán puede ser un sitio muy interesante para vivir, pero en el sentido de la conocida maldición china “ojalá vivas en tiempos interesantes”. ¿Cómo podríamos moderar Extremistán? Redistribución económica, sostenibilidad ecológica, justicia social y control democrático de la tecnociencia serían líneas de avance en tal sentido. Pero con ello desembocamos en urgentes cuestiones que el sugerente libro de Taleb no plantea: aquí el lector o lectora, a la vez inquietos y agradecidos, deben cerrar el grueso volumen y comenzar a pensar por cuenta propia.

Una observación final: el libro contiene errores de traducción que parecen fruto más del trabajo apresurado que de dificultades de comprensión. ¿Los ritmos de la edición actual ya no permiten esa excelente práctica de traducción que consiste en “dejar reposar” el trabajo un par

de meses antes de proceder, con mirada fresca, a una revisión final? Las prisas acaban matando casi todo lo valioso de la vida.

Jorge Riechmann

Investigador en el Instituto Sindical de Trabajo, Ambiente y Salud (ISTAS)

BARÓMETRO SOCIAL DE ESPAÑA

Análisis del periodo 1994-2006

Colectivo loé

CIP-Ecosocial, Traficantes de Sueños
Madrid, 2008

469 páginas

¿Cuál y cómo ha sido la evolución social de España en la década de transición del siglo XX al XXI? Ése es el objeto de análisis del *Barómetro social de España*, elaborado por el Colectivo loé. El análisis se realiza a partir de dos ejes: analizar midiendo y visibilizar lo social. Ambos encierran aspectos polémicos: los sistemas de medida del progreso de las sociedades y la definición de lo social. No reina consenso en la literatura especializada sobre cómo medir la evolución (¿progreso?) de las sociedades ni sobre qué variables definen lo social. Como señalan los autores recordando a J. M. Sastre: “Definir la calidad de vida no resulta sencillo, debido a que su estudio se lleva a cabo desde muy diferentes posturas epistemológicas y metodológicas, lo que da lugar a concepciones teóricas muy diferentes y a sistemas de indicadores diversos”.

Cada sistema de medición se sustenta en un planteamiento concreto, unos determinados presupuestos de lo que es deseable que a su vez conforman una determinada herramienta de observación (metodología). Un dato no es elo-

cuenta mientras permanece oscura la fórmula por la que se obtiene. Por eso, el interés del trabajo del Colectivo loé emana no meramente del objeto que han seleccionado, sino del método con que lo han tratado y los rasgos del producto resultante. El objeto se define como un mapa de datos útil para apreciar cómo están evolucionando los factores que afectan la calidad de vida de las personas en España. El método consiste en un sistema de indicadores sociales e índices sintéticos, rigurosos y transparentes, resultante de criterios de elaboración explícitos. Y el producto es una herramienta de observación con base de datos e índices accesibles al público y que permiten la interactividad.

El producto se distribuye editorialmente bajo la fórmula de *creative commons* y se ha presentado con el título de *Barómetro social de España. Análisis del periodo 1994-2006*. El texto se divide en capítulos monográficos dedicados a once ámbitos de la vida social, radiografiada mediante series específicas de 180 indicadores cuantitativos y 45 índices sintéticos. Pero ni esos capítulos son todo el libro, ni el libro es todo el proyecto. Hay más. Bastante más.

Antes de los once capítulos monográficos se presentan otros dos apartados decisivos para el uso y la transparencia del estudio: una fundamentación del sistema de indicadores propuesto; y un capítulo de avance de resultados que contiene una visión de conjunto en la que se interrelacionan datos de los distintos procesos que después se abordan en cada uno de los once capítulos monográficos.

La fundamentación de la propuesta se expone de un modo altamente pedagógico. El apartado que sigue a la presentación del volumen opera como una lección de metodología. Los lectores sabrán cómo se ha elaborado el barómetro y por qué ha adoptado esa fórmula. Dicha explicación resulta fundamental en un estudio que pretende “eludir presentaciones solamente accesibles para especialistas” y, además, proporcionar una herramienta que sirva a la labor cotidiana de transformación social que realizan colectivos, movimientos y ciudadanos afanados

en hacer nuestra sociedad más “justa, sustentable y solidaria con el resto del mundo”. La publicación contiene resultados de la explotación y la interpretación de la base de datos con que se ha elaborado el estudio, la cual resulta re-utilizable ya que está accesible en las siguientes direcciones web: <http://barometrosocial.es> y www.fuhem.es/cip-ecosocial/

Las tablas de la base de datos son consultables y los índices sintéticos reformulables. Estos índices se han elaborado de acuerdo a unos criterios de ponderación que son modificables en la web. El usuario puede cambiar la ponderación de los distintos elementos que contiene cada índice y obtener resultados diferentes según la distinta importancia que quiera dar a cada uno de ellos dentro del indicador –una importancia o ponderación distinta a la que dieron los autores–. Queda patente la voluntad de loé por “evitar el secuestro de la información por minorías de expertos”. El Colectivo loé trabaja con la autoexigencia de que “un sistema de indicadores debiera reflejar no sólo los problemas sociales que estudia sino también la dinámica y debate social en torno a los propios indicadores”.

En la exposición de su propuesta de indicadores hacen un recorrido por el origen de la contabilidad nacional y las vías alternativas de medición que se han practicado para corregir o completar los indicadores clásicos (PIB, inflación, tasa de desempleo e índices bursátiles). Las propuestas ensayadas se abren en cuatro líneas: monetarizar variables para agregar a la contabilidad dimensiones hasta ahora no contempladas; elaborar índices ponderados a partir de variables no monetarizadas; combinar las dos anteriores; hacer balances sociales combinando indicadores.

Cada una de esas opciones implica distintas ventajas e inconvenientes. Las cifras siempre aseguran un gran impacto social, además de permitir escalas de comparación y tendencias. La monetarización permite comparaciones imposibles sin la reducción a cifras, pero tiene el inconveniente de que excluye aspectos de relevancia significativa que no pueden traducirse a

valor económico (reduccionismo economicista) y, además, exagera la importancia de la dimensión económica de la vida social. Los balances resultan más opacos para públicos no especializados. Los índices ponderados sintetizan información de distintos indicadores, pero requieren una operación valorativa que suele ser motivo de polémica.

El Colectivo loé tuvo en consideración que en España el suministro de indicadores en bruto (tablas sin análisis) ya está suficientemente cubierto (INE, ministerios, Eurostat, entre otros) y también el surtido de balances sociales. Ante ello, optó por el sistema de los índices ponderados no monetarios. Para compensar la criticable subjetividad de la ponderación, planteó el acceso libre a las tablas, para que los usuarios pudieran reelaborar los índices, como he explicado antes.

Los autores han asegurado, además, que su propuesta de medición cumpliera ciertos requisitos: incluir variables objetivas y subjetivas; asegurar una secuencia temporal suficiente que permitiera apreciar evoluciones; combinar la elaboración de los índices con interpretación contextual, entre otros rasgos. Por eso, y porque los autores no son fundamentalistas cuantitavistas, cada capítulo dedicado a uno de los once ámbitos analizados contiene dos partes: un informe introductorio, con información complementaria, hipótesis e interpretaciones generales; y la base de datos de ese ámbito, con sus correspondientes indicadores.

El *Barómetro* se estructura en once áreas temáticas: salud, igualdad, atención a mayores, medio ambiente, trabajo, seguridad ciudadana, renta, vivienda, equilibrio económico, participación ciudadana en la vida social y relaciones internacionales. Su selección fue validada mediante una encuesta de percepción ciudadana de los asuntos de mayor relevancia social realizada en 2006 por los propios autores del trabajo, que decidieron además incluir el ámbito de relaciones internacionales –no habitual en este tipo de trabajos– dadas las repercusiones que está teniendo el proceso de globalización.

El *Barómetro* es un punto de llegada y un punto de partida de un esfuerzo colectivo que traspasa al propio Colectivo loé. Éste fue el germen del proyecto, pero en el camino han colaborado otras entidades. El Colectivo loé funciona desde 1982 y se autodefine en su página web como “un equipo de investigación que desarrolla investigaciones empíricas, cursos y seminarios de formación sobre los temas en que está especializado. Nuestro funcionamiento es independiente de instituciones públicas u otras organizaciones, aunque uno de nuestros ejes de interés es fomentar el desarrollo de las iniciativas sociales y utilizar, en nuestra actividad investigadora, métodos de participación de los colectivos implicados”.

Al principio, el estudio se planteó como investigación sobre métodos de medición de lo social y contó con el patrocinio de la Fundación de Cajas de Ahorros (Funcas). Más tarde, el Centro de Investigación para la Paz (CIP-Ecosocial) asumió el compromiso de iniciar un proyecto dotado de continuidad, para una actualización periódica de las bases de datos que conforman el sistema de indicadores. Por último, la coordinación de esfuerzos se amplió con Traficantes de Sueños, para la coedición del libro.

El *Barómetro Social de España* ha nacido y crecido con la voluntad clara de servir de herramienta para la intervención social. De ahí el interés de que cumpliera todos los rasgos que hemos visto: acceso, transparencia, sencillez, impacto... Sus resultados, además, dibujan un mapa de contrastes entre indicadores que las mediciones meramente económicas suelen mantener ignorados. Por ejemplo, la renta nacional ha crecido en el periodo analizado un 62%. Entre 1994 y 2006 ha habido en España una tendencia de componentes económicos positivos. Se atraviesa una coyuntura económica favorable que ha permitido que, contando con el incremento de población y medida en euros constantes, la renta por habitante haya aumentado un 39%.

Pero, ‘riqueza’ no es sinónimo de ‘reparto’. La pretendida expansión económica no ha afectado a todos por igual, “una élite de 1,4 millones

de personas asalariadas contaba con 4.925 euros de ingresos medios mensuales, mientras que otros 5,5 millones percibían una media de 270 euros al mes”. La desigualdad de género en materia de salarios y pensiones se ha incrementado. “En 1994, el salario medio de las mujeres era un 28% inferior al de los hombres y en 2006 la diferencia se amplió hasta el 30%; la pensión media, que era un 29% inferior, ha pasado al 33%”. Las deudas de los hogares han crecido seis veces más deprisa (225%) que la renta disponible (39%). Las rentas de propiedad inmobiliaria y empresarial-financiera han crecido mucho más que las procedentes de los salarios, lo que ha provocado un notable distanciamiento del nivel de riqueza o patrimonio entre los hogares más ricos y más pobres.

Y así, contrastando datos, se llega a visualizar una radiografía social de España que convierte este estudio en imprescindible. Cada año será actualizado y activistas, profesores, estudiantes, investigadores, ciudadanas y ciudadanos tendremos que consultarlo, seguro.

Concha Mateos Martín

Profesora del Departamento de Comunicación
en la Universidad Juan Carlos I

LA NUEVA ECONOMÍA DEL AGUA

Federico Aguilera Klink

Los Libros de la Catarata, CIP-Ecosocial
Madrid, 2008

158 páginas

Desde la publicación del libro *Economía del agua* (MAPA, 1992), Federico Aguilera Klink es una referencia imprescindible en la ciencia y gestión del agua en España. Aquel libro, compilación de textos novísimos entonces para la comunidad interesada del país, situó un marco primigenio de análisis a partir del cual se ha construido todo un discurso y una saga que comienza a germinar en

los espacios institucionalizados de discusión y administración de los recursos hídricos. Con el libro que reseñamos se resume el núcleo constitutivo de lo que ahora Aguilera denomina nueva economía del agua, correlato económico de la nueva cultura del agua, líneas conceptuales de reflexión y orientaciones de políticas, así como los valores inmanentes que la conforman. Pero también encontramos la aplicación de tales presupuestos para el caso de Tenerife, nicho geográfico en cuya realidad el catedrático de la Universidad de la Laguna reta permanentemente sus esfuerzos teóricos y líneas de reflexión académica y profesional, y la exposición de las razones profundamente políticas –de la economía política diríamos– venidas del activismo de Aguilera y su lectura realista de cada coyuntura. Porque, hay que decirlo, Aguilera Klink no es políticamente ingenuo ni tampoco, menos aún, de esos que ahora llaman correcto.

Los seis capítulos del libro constituyen comunicaciones presentadas en diversos eventos alrededor del tema ordenados cronológicamente. Aunque guardan cierta autonomía en el sentido de que se pueden leer sin el orden previsto, los textos avanzan gradualmente en la perspectiva del autor de consolidar las ideas económicas fundamentales y de situar el marco del debate y del quehacer científico de una nueva visión económica del agua en la coyuntura actual, que califica de transición entre la vieja cultura centrada en planes de obras hidráulicas y la nueva cultura del agua. En su dimensión económica, la nueva cultura del agua está fundada en la gestión de la demanda ya que entiende la escasez como un asunto de orden socioeconómico y no un problema físico: “socialmente condicionado por un conjunto de factores que van desde una concepción obsoleta del agua, que ignora la noción de ciclo, hasta el mal estado de las infraestructuras de almacenamiento y distribución agrícola y urbana, pasando por la existencia de un marco institucional anticuado”. De ahí que, no obstante la autonomía de cada capítulo, todos abonan en el mismo objetivo, a saber, trazar los contornos de la nueva economía del

agua: reglas, principios y lineamientos de políticas. Aunque el libro sea rico en sugerencias en la perspectiva multidimensional y transdisciplinar a la que convoca la nueva cultura del agua, para honrar la intención del autor resumamos algunas ideas principales con sujeción a la naturaleza del hecho económico, advirtiendo desde ya que el sustrato o humus que subyace y de cuyas fuentes teóricas bebe lo constituyen el enfoque institucional y la economía ecológica.

De los principios económicos que apunta Aguilera resaltemos tres. Primero, el agua es un activo ecosocial y no vale reducirlo a simple factor de producción o a un activo financiero en la acepción que tienen los recursos naturales para la economía convencional. Entendiendo por activo ecosocial “la capacidad que tiene el agua de satisfacer todo un conjunto de funciones económicas, sociales y ambientales”. Asumirlo bajo ésta óptica tiene importantes implicaciones sobre la administración de los recursos hídricos y los esfuerzos necesarios de orden público para regularlos, puesto que obliga a precisar qué ha de entenderse cuando se asume el agua como recurso o factor de producción y la noción de coste asociada. Luego, y de manera general, una gestión del agua que rompa con el dique economicista ha de anclarse en una gestión fundada en nociones de producción y coste alineados al ciclo hidrológico, y un enfoque territorial de mantenimiento de cuencas y ríos entendidos como “tramas territoriales donde el agua interviene”. Justamente, a partir de estos conceptos, el análisis de Aguilera Klink de la Directiva Marco Europea del Agua, expuesto en el capítulo segundo “Valor, uso y precio del agua: La protección de los recursos hídricos y el papel del análisis económico en la Directiva 2000”, evidencia las limitaciones de ésta (a) al no dejar bien determinada la prioridad de los objetivos ambientales frente a los criterios de un ambiguo análisis económico que incluye una noción confusa de recuperación de costes, (b) en la medida en que hace prevalecer el principio “el que contamina paga” por encima del principio de precaución, y (c) al reducir a una función ceremonial

—sin consecuencias reales— el papel del debate público y el ejercicio de una democracia deliberativa en la configuración y aplicación de la Directiva.

El segundo principio económico, ampliamente desarrollado en el capítulo cuarto “Los mercados de agua en Tenerife: reglas de juego, funciones y resultados”, hace énfasis en establecer claramente las diferencias que permiten distinguir una concepción de los mercados como mecanismo de intercambio y distribución y el marco institucional (reglas de juego) bajo el que actúan. Esto es, “un mercado (...) no es un mecanismo puro de negociación e intercambio sino un sistema institucionalizado de intercambio que funciona con unas reglas de juego claras y precisas que pueden ser establecidas por el gobierno, por el parlamento o también por los propios interesados en una transacción”. Esta noción institucional de mercado permite desmitificar tópicos ideologizados que hacen ver como fallos del mercado los problemas ambientales, o resaltan la flexibilidad como una bondad intrínseca de los mercados y la rigidez como una desgracia intrínseca de las decisiones públicas. No son tales, viene a decir Aguilera; se trata de fallos del marco institucional en un caso y de opciones institucionalmente convenientes en el proceso de configuración de las reglas de juego o acuerdos básicos para el funcionamiento del mercado. El mercado no es una entidad aséptica pura y dura, de una tipología única y con manual de instrucciones predeterminadas, es el resultado de toda una trama de arreglos sociales con efectos y sesgos productivos, de intercambio y distributivos, por lo que no basta con el análisis de sus mecanismos como ir radicalmente hacia la revisión de sus fundamentos. Al decir de Bromley, “el economista debe ser capaz de ver los mercados como manifestaciones de los fundamentos legales de la economía y la economía se verá entonces no solo como el estudio de los procesos de intercambio definidos por esos fundamentos sino también como el estudio de esos mismos fundamentos”.

En esa línea, identifica dos funciones de las instituciones. Una función instrumental que faci-

lita la aplicación de la tecnología/conocimiento con arreglo a fines, y otra de tipo ceremonial, en la que el ejercicio administrativo contraviene la eficacia de la primera, ocurriendo un “vaciamiento institucional” generalmente, aunque no siempre dado, que también puede ser por obsolescencia, funcional a intereses particulares que secuestran el interés público. Estas precisiones le permiten abordar el caso de los mercados de agua en Tenerife, presentando los resultados de una investigación llevada a cabo entre los años 1999 y 2002. En dicha investigación se concluye, entre otras cosas, que estos mercados presentan escasa competencia y poca transparencia, que los precios no reflejan ni la escasez ni la calidad del agua sino la existencia de acuerdos previos entre los intermediarios, y que la función ceremonial de los mercados de agua en detrimento de su función instrumental pudiera significar, ante el estado de indefensión de los usuarios, su desplazamiento hacia la empresa pública del Ayuntamiento de Tenerife, presionando el servicio hacia el deterioro y favoreciendo el discurso privatizador de los grandes intermediarios, y/o la proliferación de plantas desaladoras como alternativas. Como se aprecia, para los posibles escenarios que advierte la investigación referido al caso de Tenerife, sobre el vaciamiento institucional cabalgan intereses privados que desvelan una vez más la necesidad de revisión de los fundamentos del mercado asumido como trama social de arreglos institucionales y no como santo y seña de la solución.

El tercer principio económico está asociado a una política hidrológica gestionada desde la demanda, asumida como socialmente construida, y no desde la oferta disponible en las infraestructuras hidráulicas. Como aquella que, aunque limitada, es la pertinente para la coyuntura de transición que identifica Aguilera con miras a una gestión más amplia. Una gestión, de hecho, centrada en la planificación desde el ciclo del agua y un enfoque territorial de los recursos, la cuenca hidrográfica y sus usuarios.

El capítulo quinto lleva por nombre “¿Mercados o administración pública del

agua?”. En él Aguilera esboza, aunque no las presenta sistematizadas, algunas pautas metodológicas ya desgranadas en los capítulos anteriores, para hacer frente a dilemas que en el fondo son trampas ideológicas que poco ayudan en la identificación real del problema y la precisión de las alternativas. La que nos parece más importante es evitar las generalizaciones propias de diagnósticos globales y ubicarse en las particularidades de cada cuenca hidrográfica. Lo importante es saber “cuál es esa práctica o realidad de la gestión del agua (...) lo que está pasando de verdad con el agua y dejar de seguir atribuyendo o imputando virtudes o males imaginarios tanto a la gestión pública como a los mercados privados”. Desde tal perspectiva desprejuiciada, y no obstante las limitaciones de la Directiva Marco cuestionada en el capítulo segundo, aconseja su utilidad para España ya que ésta fija objetivos ambientales razonablemente claros por cuenca, así como algunos criterios de gestión sobre los cuales sería necesario precisar la noción de costes recuperables con los que ha de trabajarse en la gestión de las cuencas. Del mismo modo, señala algunas medidas que le dan cuerpo a la política de gestión del agua desde la demanda apuntada más arriba, tales como minimizar las pérdidas en las redes de distribución agrícola y urbana, incentivar el ahorro mediante el establecimiento de cantidades definidas, la aplicación de un sistema tarifario progresivo y asumir que el agua para uso urbano tiene un carácter no consuntivo.

Finalmente, el último capítulo –“La transición hacia una nueva cultura del agua en España”– se enlaza y complementa con el tercero, “Gestión autoritaria vs Gestión democrática del agua”. En ambos se establecen las diferencias entre una y otra, se identifica la primera con conceptos y prácticas de la vieja cultura del agua, y se apuesta por catalizar las condiciones que contribuyan a madurar instituciones del agua democráticas, favorecedoras de espacios de gestión, discusión e información que fecunden una participación ciudadana alrededor del

manejo público de los recursos hídricos. Ahora bien, ¿que puede hacer la participación democrática contra la trama de poder político/empresarial que se beneficia de la vieja cultura del agua, que crea la opinión de que la escasez es un problema físico, que vacía de función instrumental a las instituciones del agua y que auspicia su gestión como un asunto de construcción de obras hidráulicas para aumentar la disponibilidad? A los efectos de contrapesar la abismal diferencia de intereses y poderes que gravitan sobre el agua, Aguilera advierte que “se hace necesaria la creación de espacios institucionalizados de debate público, financiados con fondos públicos que garanticen el ejercicio del derecho de participación informada, algo que solo es posible si se cuenta con el acceso a información de calidad para construir argumentos alternativos”. Y en un acto de realismo político imputa el estado de conflictos al momento de transición entre las formas y contenidos de la vieja cultura que se resisten a desaparecer y la nueva cultura del agua cargada de razón y de

argumentos, pero que requiere un marco institucional de gestión democrático para que pueda emerger con todas sus potencialidades, por lo que “no hay otra opción que avanzar en la línea de la Directiva Marco, la más conveniente y razonable para el país, aunque no lo sea para los empresarios de la infraestructura”.

En el prólogo del libro, Francisco Puche Vergara resume bien la nueva economía del agua que va delineando Aguilera, constitutiva de las interrelaciones entre la naturaleza, el territorio, las gentes y los mercados, que sea a la vez pública (instituciones), privada (mercados) y social (comunidad y participación democrática), y da cuenta del talante constante e incansable de Aguilera para perseverar en su empeño de construir instituciones del agua que sirvan al bien común. Y la perseverancia, dice Octavio Paz, es promesa de resurrección.

Noé González
Doctorando en Economía
en la Universidad de Valladolid